

LA MASONERÍA: CARA Y CRUZ  
¿Conspiradores o benefactores?

José Menéndez Manjón y Frank G. Rubio

## ÍNDICE

### PRIMERA PARTE: ¿CONSPIRADORES?

*EL SECRETO DE LA POLICHINELA*  
POR JOSÉ MENÉNDEZ-MANJÓN

- I.- EL GRAN ORIENTE DE KAFIRISTÁN
- II.- UNA TRADICIÓN SIN PASADO
- III.- EL MITO Y EL RITO
- IV.- LA ACACIA SECA

### SEGUNDA PARTE: ¿BENEFACTORES?

*LA VIDA EN LA LUZ*  
POR FRANK G. RUBIO

- I.- ¡Y DIOS GUARDE AL ARTE!
- II.- DÍAS DE SOMBRA
- III.- LOS HIJOS DE LA VIUDA
- IV.- LA CONSTRUCCIÓN DE LA ROSA

## NOTA SOBRE EL SECRETO Y LAS SOCIEDADES SECRETAS

V.-EL VIEJO SOLAR

VI.- LA PALABRA MÁS SILENCIOSA.

VII.- BABEL 2

VIII.- "IN EXCELSO LUCIFERI NOMINE!"

IX.- PUENTE ENTRE ESTRELLAS

### DEBATE ENTRE LOS AUTORES

#### ENTREVISTAS:

R.G.T.

JOAQUÍN LLEDÓ

#### APÉNDICES:

1 EL ALFANJE DE PLATA

2 JESUITAS Y MASONERÍA (en colaboración con Eduardo Fort)

3 FRANCO Y LA MASONERÍA: UNA CUESTIÓN ABIERTA.

### BIBLIOGRAFÍA ELEMENTAL

*EL SECRETO DE LA POLICHINELA*

POR JOSÉ MENÉNDEZ-MANJÓN

## EL GRAN ORIENTE DE KAFIRISTÁN

Cuando, en el siglo XIX, Daniel Dravot y Peachey Taliaferro Carnehan conquistaron el Kafiristán, consiguieron adornar sus cabezas con coronas de oro de cinco libras de peso “como el aro de un barril” gracias a sus fusiles Martini y a que percibieron que los jefes nativos les estrechaban la mano con el saludo masónico. Dravot pronto adivinó que, para dominarlos a todos, había que levantar columnas y fundar una logia, aunque fuera irregular y a pesar de que sus venerables no estuviesen ni remotamente legitimados para ello. Convocó a los neófitos en el templo de Imbra y allí se mostró con su mandil de maestro decorado según el uso de la Gran Logia Unida de Inglaterra. En eso estaba cuando un sacerdote se puso a gritar. Dravot fue removido de la piedra en la que tenía su asiento y los otros indígenas se pusieron a frotarla. Al poco, sobre el sillar sagrado, se dibujó la misma insignia masónica que Danny Dravot lucía en su mandil. Era la marca perdida que Alejandro dejó como recuerdo y enigma en el Kafiristán dos mil cien años antes. Entonces, Dravot usó como mallete la culata de su fusil y proclamó: «¡En virtud de la autoridad que me ha sido conferida por mi propia mano derecha y la ayuda de Pichey, me declaro Gran Maestro de toda la francmasonería de Kafiristán en esta Logia Madre del país, y rey de Kafiristán junto con Peachey!». Los notables del país se entusiasmaron con aquella novedad y buscaron el acceso a los grados superiores, pese a que Peachey se quejaba de que aquellas ceremonias

pecaban de irregulares, pero Danny Dravot ya se lo había profetizado a Carnehan: «no nos hace falta seguir luchando. ¡El truco es la Orden, así que ayúdame!». Todo aquel que quisiera ser “alguien” en Kafiristán tendría que iniciarse. El éxito de la masonería en aquella tierra salvaje se podía comparar al que disfrutó en los salones elegantes de París en vísperas de la Revolución francesa.

De esta manera, una orden milenaria que se remonta al tiempo de Alejandro, como mínimo, arraigó en las estribaciones del Himalaya y preservó una herencia iniciática que revivió en los tiempos modernos gracias a la acción de dos aventureros masones en la era victoriana. Palabras perdidas, saludos secretos, razas ocultas en el centro del mundo, sacerdocios milenarios no lejos de Agartha y Shambhala... Una pena que todo esto proceda de la prodigiosa imaginación de Kipling<sup>1</sup>, que muchos años después se vio recreada por el arte de John Huston en una de las mejores películas que estos ojos mortales han visto.

Pero, en realidad, en la historia de la masonería han abundado los Danny Dravots; de hecho, son los que la han enriquecido y reinventado. Desde que el fenómeno masónico se extendió por Europa en el siglo XVIII, no han faltado los hierofantes dispuestos a inventarse grados o a atribuirse iniciaciones procedentes de «Superiores Desconocidos». Tampoco, por desgracia, instituciones «paramasónicas» como el Ku Klux Klan, o «hermanos» como el siniestro Plutarco Elías Calles o Licio Gelli, el *venerable* de la Logia P-2, de infausta memoria.

Si algo queda claro después de investigar la historia de masonería, es que ésta se compone de obediencias rivales, contradictorias, con una

---

<sup>1</sup> Rudyard KIPLING: *El hombre que quiso ser rey* (Barcelona, 2003).

historia repleta de cismas, escándalos, y hasta podríamos hablar de “pecados” tan extraños como el de “simonía masónica”, producto de la venta de altos grados. Pero también de actividades regulares, centenarias y tan aceptadas socialmente como las de la Logia Unida de Inglaterra, con sus obras de caridad, su patrocinio regio y sus solventes, discretos y algo aburridos «hermanos». Sin lugar a dudas, en la Europa protestante, la masonería es una institución respetable, de «gente de orden». La marca del buen ciudadano en esas latitudes es acudir los miércoles a la logia y acabar la velada en un copioso ágape entre los vapores de la «pólvora» blanca o amarilla.

Es este un microcosmos secreto y complejo; a veces divertido y a veces siniestro. Hoy, en plena decadencia, la orden se enfrenta a unos retos de falta de “vocaciones” y de desinterés entre los jóvenes que recuerdan paradójicamente a su gran rival, la Iglesia de Roma.

La bibliografía masónica abarca miles de títulos. Excusado es decir que la mayoría de éstos no están inspirados por las musas de Kipling, Mozart o Huston. Si es cierto que el gran secreto de la masonería consiste en su absoluta falta de secreto, hay que reconocer que jamás el vacío ha inspirado tanta página impresa, quizá por aquello de que el que sabe, no habla... y el que no sabe, habla o escribe. Al lector de tema masónico nada le decepciona tanto como esos libros en los que se nos anuncia que se van a desvelar los misterios y ritos de la masonería, el enigma de sus orígenes, las conexiones con templarios, egipcios, rosacruces o reptilianos y, al final, nos aburren tanto o más que los sesudos y timoratos estudios de los universitarios, que no se atreven a salirse de la cómoda rutina de citar libros que citan a libros que citan a libros que...

No nos gustan las definiciones ni las etiquetas. Las generalidades suelen desmoronarse ante el caso concreto. Nosotros, como Ockham, aplicaremos nuestro estilete crítico a tanta falsa categoría: este ensayo revisa la institución y sus mitos, algunos tan contradictorios, estafalarios y disparatados como los que adornan su genealogía inverosímil. También seguiremos algunas aventuras personales que bien merecen la pluma de un Kipling o, mejor, de un Petronio o un Apuleyo. En los últimos trescientos años, los masones han representado un papel importante en la historia de Occidente, también sobre su influencia en el desarrollo de nuestra civilización intentaremos arrojar una luz. Más vale quintaesencia que fárrago. Toma y lee, lector.

## UNA TRADICIÓN SIN PASADO

El muchacho se pasó la mañana con Enrique, Douglas y Pelirrojo. Estos tres y Guillermo constituían la sociedad llamada «Los Proscritos», sociedad que tenía pocos fines, aparte del de la clandestinidad.

RICHMAL CROMPTON, *Las travesuras de Guillermo*

La partida de bautismo es falsa. El 24 de junio de 1717 se toma como fecha fundacional de la francmasonería, de la misma forma que se da por hecho que Jesús nació en el año 1 de la era cristiana o que algunos zelotes protestantes aún aceptan la cronología bíblica del obispo Ussher de Armagh. Tenemos pruebas bien ciertas de que setenta años antes, por lo menos, se iniciaban masones especulativos en la Inglaterra de Cromwell y Carlos I.

Lo normal en una sociedad secreta que presume de guardar antiguos misterios es remontarse lo más atrás posible en el tiempo. Sin embargo, los pocos masones que se reunieron en la taberna del Ganso y la Parrilla y se erigieron en árbitros supremos del «arte real» parecen iniciar una nueva fundación en la que el pasado se borra para originar un nuevo comienzo. Que la masonería existía antes de 1717 lo sabemos por la protesta de la logia de York contra los masones de Londres, que dará lugar a la querrela de los Antiguos y Modernos y que durará un siglo. También porque, en Escocia, los masones continuaban su vida al margen de lo que se decidiera en el lejano y hostil reino meridional, al otro lado de la herrería de Gretna Green. Aún más extraño resulta que

los «hermanos» londinenses decidieran quemar sus antiguos manuscritos para evitar que cayeran en manos malévolas. Aquello sucedió en 1720 y es uno de los episodios más famosos de la historia de la masonería, el llamado «auto de fe de Anderson».

¿Qué interés podían tener los masones en negar el pasado más que evidente de su Orden? A lo largo de los últimos tres siglos, los «hermanos» han pretendido remontarse a la época de los templarios, de los canteros medievales, de los iniciados en los misterios egipcios y romanos, de los druidas o de los rosacruces. Sin embargo, las supuestas pruebas fehacientes de ese pasado fueron quemadas por los que más interesados estaban en conservarlas. Nos seguimos preguntando: ¿por qué?

La primera respuesta que se nos ocurre es que Anderson diga la verdad: que los masones londinenses, preocupados por mantener sus secretos, decidieron prender fuego a sus escritos y borrar pistas. En ese caso, todo resulta bastante idiota, pues el pasado de la orden pasaría a ser indemostrable, una leyenda, un mito, un conjunto de fábulas carentes del apoyo de las pruebas documentales. Además, semejante auto de fe se encuentra con un problema añadido, que escapaba al poder de la Gran Logia de Londres y que volvía absurdo e inútil el acto de quemar los papeles: existía mucha documentación masónica en otros lugares, como en los manuscritos de eruditos privados, en los archivos de las logias escocesas e irlandesas y en los fondos sin catalogar de origen eclesiástico, nobiliario o municipal. ¿Para qué, pues, quemar aquello? Se dan muchas versiones, casi una por autor, pero me gustaría aventurar esta nueva opción: ¿y si no se quemó nada?, ¿y si la declaración de Anderson fue una mera patraña para hacer inobjetables

sus Constituciones e impedir cualquier tipo de contestación dentro de la logia de Londres? Además, con la excusa de la pérdida de los valiosísimos e ignotos manuscritos, uno podía remontar los orígenes de la sociedad hasta donde su imaginación quisiera. Que la maniobra no funcionó del todo lo vemos en la querrela entre Antiguos y Modernos, que dividió a la masonería inglesa durante todo el siglo XVIII. Para Manuel Guerra<sup>2</sup>, el auto de fe de 1720 se produjo «tal vez para mostrar la aparición de una masonería nueva, quizás para eliminar las huellas católicas».

Si nos fijamos en los personajes que andan entre las bambalinas de la fundación *ex nihilo* de la masonería inglesa, James Anderson y Théophile Désaguliers, nos damos cuenta de dos características fundamentales. La primera, son clérigos protestantes partidarios de la casa de Hannover. Segunda, de una manera u otra están conectados con personajes poderosos e importantes de la Inglaterra de su tiempo: desde Newton al príncipe de Gales, pasando por el duque Francisco de Lorena, futuro emperador de Alemania. Estos dos personajes también consiguen movilizar en la empresa masónica a lo mejor de la aristocracia británica. Para el lector que haya tenido la paciencia de seguirnos hasta aquí será bueno recordarle que la Inglaterra de 1717 no disfrutaba del espléndido aislamiento y la solidez institucional que adornaron la era victoriana. El trono de Jorge I, príncipe elector de Hannover, estaba seriamente amenazado por el Caballero de San Jorge (Jacobo III para sus partidarios), varón primogénito de la casa de Stuart o Estuardo, de la que descienden por la mano izquierda los Fitzjames-Stuart, duques de Berwick y de Alba. El padre del Caballero de San Jorge, Jacobo II, fue

---

<sup>2</sup> GUERRA, Manuel: *La trama masónica* (Barcelona, 2006), p. 44.

expulsado violentamente del trono en 1688 y sus partidarios, que hoy sabemos mucho más numerosos de lo que se pensaba en Inglaterra, y mayoritarios en Escocia e Irlanda, no dejaban de conspirar contra los príncipes alemanes que ocupaban el trono inglés.

¿Qué tenía que ver con esto la masonería? Aparentemente nada. La definición habitual de ésta afirma que se trata de una asociación filantrópica y apolítica, dedicada a la iniciación moral de sus miembros mediante el uso de alegorías. Bueno, pues por lo que conocemos de los primeros masones, la cosa no está tan clara. De hecho, el primer iniciado en la masonería que nos consta fue sir Robert Moray (1608-1673)<sup>3</sup>, del que se puede decir de todo menos que se desinteresara de la política.

## EL PRIMER MASÓN

Hijo de una noble familia escocesa, Moray aparece en la historia de su país como un agente del cardenal Richelieu junto a los rebeldes escoceses y contra Carlos I (1625-1649). Es precisamente en esas fechas de revolución cuando se le inicia en la masonería por la logia de Newcastle. Richelieu necesitaba para sus maniobras en Escocia de *personnes d'esprit*<sup>4</sup>, y se fijó en el inteligente oficial de la Guardia Escocesa de Luis XIII para llevar a cabo sus designios. Lo que Francia quería, y no podía obtener de Carlos I ni de su fiel Stafford, era una

---

<sup>3</sup> «At Neucastell the 20 day off May, 1641. The quilk day ane serten number off Mester and others being lafule conveyned, doeth admit Mr the Right Honerabell Mr Robert Moray, General quarter Mr to the Armie of Scotlan, and the same bing aproven be the hell Mester off the Mesone of the Log off Edenroth, quherto they heave set to ther hands or markes. A. Hamilton, R. Moray, Johne Mylln. James Hamilton.»  
Transcrito por Dudley WRIGHT : *The first recorded initiation in England*, en *The Builder* (1921).

<sup>4</sup> ROBERTSON, A.: *The Life of sir Robert Moray* (Londres, 1922) p. 8.

alianza ofensiva contra España. Al resultar sordos el rey y el valido a sus cantos de sirena, el cardenal optó por revolver las agitadas aguas de la política escocesa con sus banderías nobiliarias y religiosas. Y tuvo éxito: las cabezas de Stafford y Laud, las más destacadas de lo que se podía llamar el *partido español* de Whitehall, rodaron en breve tiempo y dejaron inerme al rey frente a sus nobles y el Parlamento, radicalmente anticatólicos y partidarios de hostigar a la monarquía de Felipe IV<sup>5</sup>.

Moray, además, era un buen ingeniero militar y un técnico en fortificaciones, lo que hace bastante lógica su iniciación en el arte masónico. Mucho debía de saber de tal mester cuando en noviembre de 1641 es cuartelmaestre general del ejército escocés, o sea, el encargado de fortificar y disponer campamentos, reductos, bastiones y demás elementos del arte de Vauban. Por lo tanto, fue un masón operativo, un constructor de verdad, capaz de levantar edificios, lo que le diferencia de la mayor parte de los masones posteriores, que son especulativos, o sea, que no saben nada del arte de edificar, sino que se dedican a *edificarse* espiritualmente en una suerte de bricolaje místico.

Con todo, el papel de Moray es bastante misterioso, porque pasa de ser hostil a servir a Carlos I, que lo ennoblece en 1643. Tras languidecer un tiempo de ergástula en Baviera por servir a Mazarino en la última etapa de la guerra de los Treinta Años, regresa a Gran Bretaña en 1645, cuando las cosas han cambiado bastante, tanto para Carlos I como para los escoceses. La batalla de Naseby ha aniquilado a los *cavaliers*, los partidarios de la casa de Estuardo, y un nuevo personaje domina la escena: Oliver Cromwell, hidalgo del sur, puritano fanático y excelente jefe militar, que se hace con el dominio del país gracias a un ejército tan

---

<sup>5</sup> Existe un excelente estudio de los comienzos de la Revolución inglesa: ADAMSON, John: *The Noble Revolt* (Londres, 2007).

eficaz e implacable como él. Carlos I es un hombre acabado y Mazarino cree que podría convertirse en una gran baza a favor de Francia si se le controla desde el Louvre. Moray trata de llevárselo al exilio, pero fracasa y tres años más tarde el rey será decapitado por los puritanos.

Sin embargo, no acaban aquí las aventuras de Moray, que une su destino al príncipe de Gales, el futuro Carlos II, y le acompaña en la desastrosa intentona de 1652. El pretendiente confiará más y más en Moray, que se convertirá en uno de los negociadores secretos que, desde Escocia, conspirará con el general Monk para restaurar la monarquía mediante un golpe militar. Con la llegada al poder de Carlos II, Moray asciende a consejero privado del reino de Escocia, magistrado de su Corte Suprema y Lord del Exchequer escocés. Como vemos, un masón nada apolítico. Amigo personal de Carlos II, si es que los reyes tienen amigos, gozó de la perpetua estima y confianza del monarca con el que compartía la afición por la arquitectura y la alquimia, aunque no por las mujeres, ya que Moray era tildado de misógino mientras que el rey disfrutaba inmoderadamente del bello sexo. Por otro lado, la alquimia empezaba a producir el escepticismo en Moray, que había aprobado con entusiasmo la obra de Boyle *The Sceptical Chemist*. Nos quedan bastantes testimonios acerca de este primer masón.

Sabemos que era un caballero amable, amigo leal y, según Aubrey<sup>6</sup>: «el único hombre capaz de hacer un favor gratis y por pura amistad» en la venal, corrupta, lujuriosa y divertida corte de Whitehall. En sus cartas a su pariente, lord Kincardine, que datan del período 1653-1673<sup>7</sup>, encontramos muestras de su ascetismo personal, de su devoción religiosa y de su interés por la alquimia, la mecánica y la física, o lo que

---

<sup>6</sup> Citado por ROBERTSON, p. 177.

<sup>7</sup> *Kincardine Papers*: GB 0117 ms 246

en aquella época aún precientífica se conocía como *filosofía natural*. Pero no todo eran elogios, él mismo se quejaba de que casi medio reino murmuraba «que escribo contra las Escrituras, que soy un ateo, un mago o un nigromante».<sup>8</sup> No olvidemos que Cromwell llevaba menos de veinte años muerto cuando en 1673, de manera fulminante, sir Robert fallece el cuatro de julio. La fobia anticatólica y el odio a los disidentes no eran algo del pasado. En fecha tan lejana de estos hechos como 1788, el motín de Gordon arrasará Londres por causa de la paranoia antipapista que subyace en el alma colectiva británica. Cuánto más grave sería el integrismo protestante a finales del siglo XVII, cuando Milton escribía su *Paradise Lost* y aún quedaban muchas brujas por colgar.

De la obra de Robert Moray sabemos que quedó entre sus papeles una historia de la masonería de la que llevaba escritas unas cincuenta páginas en cuarto, como mínimo, en 1666<sup>9</sup> y que no se ha encontrado jamás. Pero sí realizó algo que perdura y que constituye un glorioso legado de la Restauración. En ella también aparecen muchos de los primeros masones.

---

<sup>8</sup> Citado por R. LOMAS en: *Sir Robert Moray. Soldier, Scientist, Spy, Freemason and Founder of the Royal Society*. Gresham College Lectures (4 de abril, 2007).

<sup>9</sup> ROBERTSON: *Life...* p. 163, notas 2, 3 y 4. Cartas recogidas en los archivos de la Royal Society.